

Juan Eduardo Cirlot

Diccionario de símbolos

El Árbol del Paraíso (fuera de colección) Ediciones Siruela

Índice

Prólogo a la segunda edición	
Juan Eduardo Cirlot, 1969	11
Prólogo a la primera edición	
Juan Eduardo Cirlot, 1958	13
Introducción	
I Presencia del símbolo	17
Delimitación de lo simbólico	17
Simbolismo e historicidad	19
II Origen y continuidad del símbolo	20
El desenvolvimiento del símbolo	20
El simbolismo occidental	23
El simbolismo de los sueños	28
El simbolismo alquímico	31
III Nociones sobre el símbolo	34
Consideraciones sobre el tema	34
El «ritmo común» de Schneider	38
El arquetipo de Jung	39
IV La esencia del símbolo	42
Análisis del símbolo	42
La analogía simbólica	44
Símbolo y alegoría. Símbolo y expresión	46
V Comprensión e interpretación	48
El problema de la interpretación	48
La interpretación psicológica	51
Los planos de la significación	53
Simbolizante y simbolizado	55
Sintaxis simbólica	57

Diccionario de símbolos	61
Bibliografía	
Bibliografía esencial de esta obra	477
Bibliografía general	478
Epílogo: las ediciones del <i>Diccionario de símbolos</i>	
Victoria Cirlot	487
Índice de referencias	497

Al doctor Marius Schneider,
en testimonio de amistad y admiración

Theodor de Bry,
Emblemata nobiliati
et vulgo scitu digna,
Francfort 1593.



Prólogo a la segunda edición

El mundo es un objeto simbólico.
Salustio

El deber más importante de mi vida es,
para mí, el de simbolizar mi interioridad.
Hebbel

Este libro, sin duda al que hemos dedicado más desvelos entre los que hemos publicado, no ha dejado de causarnos hondas inquietudes. En primer lugar, no es posible destruir el escepticismo, o la indiferencia, de quienes, en países sin tradición de estudios simbólicos, siempre dudarán de la veracidad, casi diría de la licitud, de la simbología. En segundo lugar, el criterio —que aún hoy ratificamos— que nos hizo preferir un sistema «comparado», mediante la investigación, compilación y crítica de las más distintas fuentes: antropología, mitología, historia de las religiones, esoterismo, emblemática, psicoanálisis, si bien se revela eficaz por cuanto, en una mayoría de casos, se comprueban las coincidencias de los significados, no deja de ofrecer peligros. Es más fácil enjuiciar todo el material simbólico desde una plataforma única determinada, sea la psicoanalista, sea la espiritualista esotérica, pues, de este modo, las significaciones son situadas en un mismo *nivel* de sentido y aun diría de práctica. Pero la fascinación del símbolo actúa, se halle la imagen donde se halle. Creemos con René Guénon (*Symboles fondamen-*

taux de la Science sacrée) que «el simbolismo es una ciencia exacta y no una libre ensoñación en la que las fantasías individuales puedan tener libre curso». Por esto nos hemos enfrentado con un universo plural; por esto también hemos especificado tanto las fuentes de nuestros estudios: por el valor de exactitud y por el valor de autoridad y de tradición.

Esta edición se ha ampliado algo con respecto a la anterior y las láminas y figuras se han incrementado para enriquecer el expresivismo visual de los símbolos, no para «ilustrarlos». Asimismo, se han hecho ligeras correcciones y supresiones (reiterativas) de detalle. En conjunto, hemos de admitir que las ampliaciones se han realizado en dirección hacia la ciencia tradicional mejor que hacia la interpretación psicoanalítica, pues, para nosotros, lo esencial es *la captación, la identificación cultural del símbolo, su intelección en sí mismo*, no su «interpretación» a la luz de una situación dada. Es importante advertir el alcance de este distinguo, similar al existente entre un objeto y la situación o posición en que aparezca: una lanza es siempre una lanza, esté

guardada en una vitrina, enterrada, clavada en el cuerpo de un hombre o en el de una fiera, aunque su significación emocional cambiará de acuerdo con tales situaciones. Así, el disco es, en sí, un símbolo dado, que podrá admitir significaciones secundarias, o «concomitantes», según corresponda a un rosetón de catedral gótica, a un clipeo antiguo, a un centro de mandala o a la planta de un edificio. El dominio de la interpretación, más que propiamente simbólico, es psicológico, y obvio es decir que puede inducir a psicologismo, a cierta reducción que las doctrinas espiritualistas niegan y, con ellas, los psicoanalistas que han hecho profesión de fe humanista, superando las limitaciones —necesarias, de otro lado— de su profesión.

También hemos incluido en este libro, ahora, voces como *alegoría*, *atributo*, *emblema*, *ideograma*, *signo convencional*, etc., que, aun no siendo propiamente símbolos, o siéndolo sólo secundaria o eventualmente, no dejan de mantener una viva relación iconográfica y de sentido con el mundo de la simbología tradicional. Incluso era conveniente estudiarlos así para poder delimitar con claridad los campos diferentes, las afinidades y diferencias.

El autor se complace en agradecer aquí a Editorial Labor, S. A., su interés por publicar esta nueva edición de su libro preferido.

Juan Eduardo Cirlot
Barcelona 1969

* Tanto en las palabras como en la transcripción de títulos se ha respetado, por lo general, la grafía de la edición de 1969.

Prólogo a la primera edición

Nuestro interés por los símbolos tiene un múltiple origen; en primer lugar, el enfrentamiento con la imagen poética, la intuición de que, detrás de la metáfora, hay algo más que una sustitución ornamental de la realidad; después, nuestro contacto con el arte del presente, tan fecundo creador de imágenes visuales en las que el misterio es un componente casi continuo; por último, nuestros trabajos de historia general del arte, en particular en lo que se refiere al simbolismo románico y oriental.

Pero no era posible seguir cultivando la imagen *per se*, que se traduce en orgía de los sentimientos espirituales, si vale la expresión. Y como la atracción del mundo simbólico —reino intermedio entre el de los conceptos y el de los cuerpos físicos— seguía frente a nosotros, decidimos abordar una sistemática exploración de la materia simbólica, hasta que ésta, rendida en lo factible, nos entregara algún oro de su caverna, a riesgo de percibir en ocasiones lo mítico de la empresa. De este modo nos pusimos al trabajo, consultando libros y libros, obras al parecer tan alejadas entre sí como el *Mundus Symbolicus in Emblematum... cuam Profanis Eruditionibus ac Sententiis illustratus...* del reverendísimo Domino Philippo Picinello; y los más recientes tratados de antropología y psicología profunda, sin descuidar —*hypocrite lecteur, mon semblable, mon frère*— obras oculistas como las de Piobb y Shoral, guiados en esto por la esclarecedora ac-

titud de Carl Gustav Jung, en sus análisis sobre alquimia, que atestiguan hasta la saciedad su espíritu de humanista tan preclaro y abierto como riguroso es su sentido científico; avanzamos hacia el laberinto luminoso de los símbolos, buscando en ellos menos su interpretación que su comprensión; menos su comprensión —casi— que su contemplación, su vida a través de tiempos distintos y de enfoques culturales diversos, que ejemplarizan aproximadamente los nombres de Marius Schneider, René Guénon y Mircea Eliade, entre otros.

No ignorábamos el carácter de síntesis en que forzosamente tendría que parar nuestro estudio, dada la amplitud inimaginable del, mejor que tema, vastísimo grupo de temas. Sólo en una cultura y en una época —en el románico— Davy señala que la diversidad de fuentes ya excede las posibilidades humanas de investigación que habrían de abarcar: teología, filosofía, mística, liturgia, hagiografía, sermones, música, números, poesía, bestiarios, lapidarios, alquimia, magia, astrología, ciencia de los sueños, de los colores, drama litúrgico, literatura profana, folklore, tradiciones e influjos diversos, supersticiones, pintura, escultura, ornamentación y arquitectura. Pero tampoco queríamos ceñirnos a una fórmula monográfica, sino abarcar el mayor número posible de materias y de círculos culturales, comparando así los símbolos de la India, Extremo Oriente, Caldea, Egipto, Israel y Gre-

cia con los del Occidente ulterior a Roma. Imágenes, mitos esenciales, alegorías y personificaciones, emblemas, grabados, habían de ser consultados para lograr nuestra finalidad, que no consistía, obvio es decirlo, en agotar ni relativamente ninguno de estos dominios, sino en buscar si su orden de significaciones era el mismo, en lo fundamental, que el de los campos próximos o lejanos. Nos bastaba, por ejemplo, que en una condecoración inglesa el lazo o anudamiento significara lo mismo que en el jeroglífico egipcio, o que la mano del amuleto marroquí coincidiera con la del talismán siberiano, o la del *signum* legionario de Roma. Si esto se producía en la mayor parte de casos consultados, había una «verdad objetiva y universal simbólica», un substrato firme en el cual apoyarse; y el método comparado aparecía como el idóneo por excelencia.

La consecuencia inmediata de esta universalidad, de esta constancia profunda sería que la determinación más amplia y general de significaciones resultaría valedera en cualquier dominio de la vida del espíritu. Se podrían «entender» las imágenes de la poesía hermética con los mismos principios y elementos útiles para los sueños, acontecimientos, paisajes u obras de arte. Encontramos en algunos autores la ratificación de ese valor esencial y continuo. Erich Fromm indica que, a pesar de las diferencias existentes, los mitos babilónicos, hindúes, egipcios, hebreos, turcos, griegos o ashantis están «escritos» en una misma lengua: la lengua simbólica. Ésta obedece a categorías que no son el espacio y el tiempo, sino la intensidad y la asociación. De otro lado, contra los que suponen que sólo lo utilitario vale, y que es utilitario lo técnico material, Gaston Bachelard afirma: «Ninguna utilidad puede legitimar el riesgo inmenso de partir sobre las ondas. Para afrontar la navegación son precisos intereses poderosos. Pero los ver-

daderos intereses poderosos son los intereses quiméricos». Nosotros hemos obedecido la orden de la quimera, si ella es la hablante; y lo hemos hecho no sólo por un deseo abstracto de conocimiento, como se sobrentiende. Indiferentes a la erudición por ella misma, sentimos con Goethe animadversión hacia todo aquello que sólo proporciona un saber, sin influir inmediatamente en la vida. Esa influencia se traduce en modificación y rememoración de lo trascendente. Desde un ángulo impersonal, la presente obra es una compilación comparada de temas simbólicos, apta para ser utilizada en la intelección de sueños, poemas, obras de arte, etc., donde exista material procedente de mitos, símbolos, leyendas, para mostrar de este modo todos los matices del motivo, por enriquecimiento de éste y universalización. Es evidente que el simbolismo, aun ofreciendo significaciones obtenidas –en su coherencia y virtualidad– de tan diversas y auténticas fuentes, no podrá pasar los torreados umbrales del escepticismo. Existen espíritus acristalados contra todo lo fluido, dinámico, rico en las presentes palabras preliminares de este pasaje del *Tao-te-king*, de Lao-tsé:

Cuando un sabio de clase suprema oye
hablar del Sentido,
entonces se muestra celoso y obra en
consecuencia.

Cuando un sabio de clase intermedia
oye hablar del Sentido,
entonces cree y en parte duda.

Cuando un sabio de clase inferior oye
hablar del Sentido,
se ríe de él a carcajadas.

Y si no se ríe a carcajadas
es que todavía no era el verdadero
Sentido.

Por igual razón transcribiremos las palabras de Walter Andrae, en *Die ionische Säule: Bauform oder Symbol?*: «El que se asombre de que un símbolo formal pueda no sólo permanecer vivo durante milenios, sino también retornar a la vida después de una interrupción de miles de años, debería recordar que el poder del mundo espiritual, del que forma parte el símbolo, es eterno».

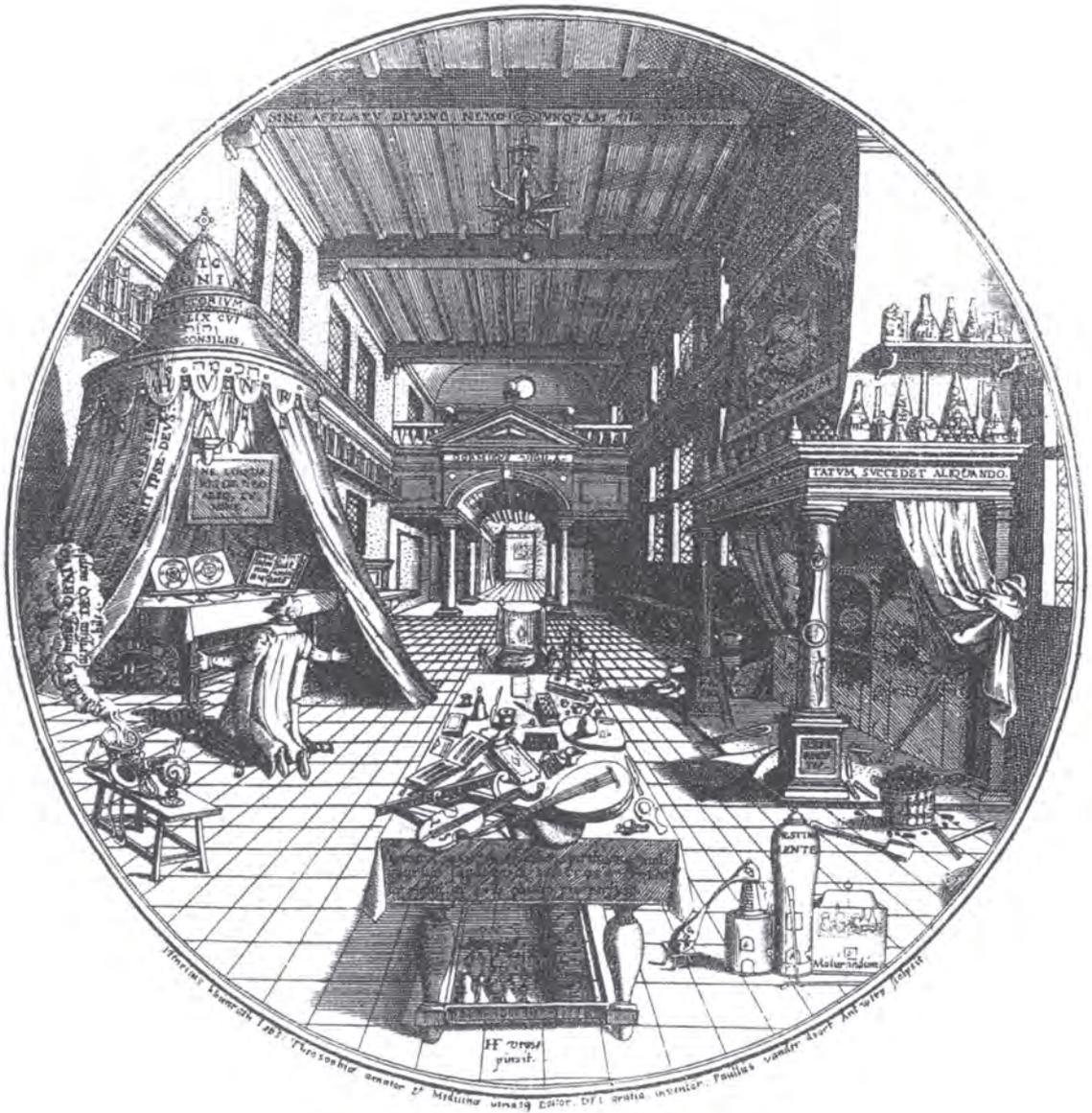
Buscando el sentido auténtico de los símbolos, como decimos, más en su comprensión que en su interpretación, hemos sacrificado posibilidades de elaboración personal a la autoridad de las obras consultadas, las que se citan en el lugar correspondiente con cifras entre paréntesis. La elección de dichas obras ha sido realizada después de muchas lecturas y comprobaciones. Más que rectificar juicios de los autores, hemos omitido a veces lo que nos parecía arriesgado o

especializado en demasía, pues, en simbolismo, especialización extrema suele acarrear degradación del significado a nimiedad alegórica o atributiva. Más que de citas de tales obras, se trata de alusiones a sus ideas, en coincidencia con nuestra opinión. No hemos querido llevar a su precisión última algunos aspectos de la doctrina simbólica, cual los relativos al espacio, a las formas y a los esquemas gráficos, ni acogernos a los estudios formalistas y académicos sobre el simbolismo. Deseamos que esta compilación posea la utilidad que ha tenido para nosotros, al corroborar a su través la unidad de los símbolos que aparecen en diversas manifestaciones de lo personal y colectivo, y al descifrar con ella algunos pequeños o grandes misterios.

Juan Eduardo Cirlot

Barcelona 1958

Grabado de *Amphitheatrum sapientiae aeternae* de Heinrich Khunrath, 1602.



Diccionario de símbolos

A

Abandono

El simbolismo del abandono corresponde al mismo aspecto que el del «objeto perdido»; ambos son paralelos al de la muerte y la resurrección (31). Sentirse abandonado es, esencialmente, sentirse abandonado del «dios en nosotros», del componente eterno del espíritu, proyectándose en una situación existencial ese sentimiento de extravío, que también posee relación con el tema del laberinto.

Abanico

Su simbolismo depende de su forma y tamaño. El gran abanico flabeliforme se relaciona con el aire y con el viento, constituyendo el emblema del primero de los Ocho Inmortales chinos, Chung-li Chuan, de quien se dice lo usaba para avivar el espíritu de los muertos (5). Los abanicos de este tipo suelen tener perfil de corazón, a veces están adornados con plumas, que refuerzan su integración en el simbolismo general aéreo y celeste, y son atributos de rango en diversos pueblos de Asia y África. Todavía los usa con este sentido cósmico el romano pontífice (41). El abanico occidental, plegable, por este último carácter ha de asimilarse a las fases de la luna, respondiendo en consecuencia su simbolismo a las esferas de la imaginación, el cambio y lo femenino. La transmutación fenoménica, expresada por el ritmo lunar (no ser, aparecer, crecer, ser plenamente, disminuir), se traduce en el alegorismo erótico del abanico. También, el concepto heracliteano del «todo fluye»; con este sentido aparece el abanico en

una figura fantasmagórica de un cuadro de Max Ernst.



Abeja. Cobre-emblema
de W. H. Barón de
Hohberg, 1675.

Abeja

En el lenguaje jeroglífico egipcio, el signo de la abeja entraba como determinativo de los nombres reales, a causa de la analogía con la monarquía de estos insectos, pero especialmente por las ideas de laboriosidad, creación y riqueza que derivan de la producción de la miel (19). En la Biblia (Jue 14, 12-18), aparece la abeja con igual sentido en la adivinanza que propone Sansón. En Grecia, constituyó el emblema del trabajo y de la obediencia. Una tradición délfica atribuía a las abejas la construcción del segundo templo erigido en el lugar. Según los órficos, las almas eran simbolizadas por las abejas, no sólo a causa de la miel, sino por su individuación produ-

cida al salir en forma de enjambre: igual salen las almas de la unidad divina, según dicha tradición (40). En el simbolismo cristiano, particularmente durante el período románico, simbolizaron la diligencia y la elocuencia (20). Con el sentido puramente espiritual que las hemos hallado entre los órficos se encuentran en la tradición indoaria y en la musulmana (50). También es símbolo de matriarcado.

Abismo

Toda forma abisal posee en sí misma una dualidad fascinadora de sentido. De un lado, es símbolo de la profundidad en general; de otro, de lo inferior. Precisamente, la atracción del abismo es el resultado de la confusión inextricable de esos dos poderes. Como abismo han entendido la mayoría de pueblos antiguos o primitivos diversas zonas de profundidad marina o terrestre. Entre los celtas y otros pueblos, el abismo se situaba en el interior de las montañas; en Irlanda, Japón, Oceanía, en el fondo del mar y de los lagos; entre los pueblos mediterráneos, en las lejanías situadas más allá del horizonte; para los australianos, la Vía Láctea es el abismo por excelencia. Las regiones abisales suelen identificarse con el «país de los muertos» y, por consiguiente, con los cultos de la Gran Madre y lo ctónico, aun cuando esta asimilación no puede generalizarse (35). La asimilación del país de los muertos y el fondo del mar o de los lagos explica muchos aspectos de las leyendas en las cuales surgen palacios o seres del abismo de las aguas. En la muerte del rey Arturo, cuando la espada del mítico monarca es arrojada al lago, siguiendo su mandato, surge un brazo que la coge al aire y la blande, antes de llevársela al fondo.

Ablución

En palabras de Oswald Wirth, «en alquimia, al

sujeto, después de que ha experimentado *nigredo* (negrura), seguida de muerte y putrefacción, se le somete a ablución, operación que se vale del lento goteo de la condensación de los vapores que se desprenden del esqueleto al serle aplicada externamente una llama cuya intensidad aumenta y disminuye alternativamente. Con este goteo continuo se va consiguiendo el lavado de la materia, que de negro pasa a gris y luego, gradualmente, a blanco. La blancura señala el éxito de la primera parte de la *Magnum Opus*. El adepto sólo puede lograr esto purificando su alma de todo lo que normalmente la turba» (59). El lavado, pues, simboliza menos la purificación del demonio objetivo y externo que la de los demonios subjetivos e internos, a los que podemos denominar «privados». Apenas hace falta añadir que el segundo tipo de purificación es mucho más difícil y penoso que el primero, dado que lo que pretende destruir es algo vinculado a la existencia misma, con todas sus necesidades vitales. El principio que contiene este procedimiento alquímico es el de la máxima «Niégate a ti mismo...», siendo además un precepto indispensable para el auténtico progreso moral.

Abracadabra

Muchas frases y palabras de rituales, talismanes y pantáculos tienen sentido simbólico, bien por sus modalidades de empleo o en sí, bien por sentido fonético y, con mayor frecuencia, gráfico. Esta palabra fue muy utilizada durante la Edad Media con fines mágicos, y proviene de la frase hebrea *abreq ad habra*, que significa «envía tu rayo hasta la muerte». Solía escribirse dentro de un triángulo invertido, o constituyéndolo ella misma, a base de suprimir una letra cada vez: la primera de la línea superior, hasta terminar por la A (39). También se ha relacionado esta palabra mágica con el Abraxas

de los gnósticos, en realidad uno de los nombres del dios solar Mitra (4).

Abraxas

Nombre que aparece con frecuencia en talismanes, por herencia gnóstica y mitraica. Según Leisegang, *La Gnose*, Abraxas se identifica con Mitra y por lo tanto es el mediador entre la humanidad y el dios único, el Sol invencible, que la Antigüedad tardía veneró cuando llegó a cierto monoteísmo, en los siglos III-IV. Abraxas-Mitra es, asimismo, en la concepción persa, el mediador entre Ahuramazda y Ahrimán, entre el Bien y el Mal.

Acacia

Este arbusto que da flores blancas o encarnadas, probablemente en parte a causa de esta dualidad y de la gran importancia mística del eje blanco-rojo, fue considerado por los egipcios como sagrado (8). En la doctrina hermética, simboliza el testamento de Hiram, que enseña que «hay que saber morir para revivir en la inmortalidad», según noticia de Gérard de Nerval en su *Voyage en Orient* (9). Con el significado concreto de esta simbolización, del alma y la inmortalidad, se encuentra en el arte cristiano, particularmente en el románico (20).

Acanto

La hoja de acanto, tema ornamental muy frecuente, fue investida durante la Edad Media de un preciso simbolismo derivado de sus dos condiciones esenciales: su desarrollo (crecimiento, vida) y sus espinas. Éstas son símbolo de la solicitud por las cosas inferiores. Según Melitón de Sardes, significan la conciencia y el dolor del pecado. Podemos recordar que, según el *Diario íntimo* de Weininger, no hay diferencia entre culpa y castigo. Un simbolismo más generalizado, que concierne acaso a la vida natural en sí, con

su tendencia a la regresión, o cuando menos, al estancamiento, es el que aparece en los Evangelios, en la parábola del sembrador (Lc 8, 7), donde se dice que algunas semillas (de los principios espirituales y de salvación) cayeron entre las espinas siendo sofocadas por ellas. Ya en el Antiguo Testamento (Gen 3, 18), dice el Señor al hombre que la tierra sólo le daría espinas y zarzas (46).

Acción

En sentido místico, no hay más acción que la espiritual dirigida a la evolución y salvación, pues toda otra forma de dinamismo no es sino agitación y no acción verdadera. En este punto Occidente se halla en plena conformidad con Oriente, pues, según la doctrina yoga, el estado superior (*Sattva*), caracterizado por la aparente calma, es el de mayor actividad (la dominación activa de las pulsiones inferiores y su transformación). Por esta causa, no debe extrañar que Cesare Ripa, en su *Iconología*, representara a la «acción virtuosa» en una suerte de asimilación a las altas imágenes de san Miguel arcángel y san Jorge, como guerrero armado con coraza dorada, que sostiene en una mano un libro y en la otra una lanza, en ademán de clavarla en la cabeza de la enorme serpiente de la que acaba de triunfar. La cabeza del Vicio, que tiene bajo el pie izquierdo, completa la alegoría. En consecuencia, toda lucha o victoria en el plano material tiene su correspondencia en el dominio del espíritu, como, según la tradición islámica, la «guerra santa» (lucha contra los infieles con las armas en la mano) es mera imagen de la «gran guerra santa» (lucha que sostiene el fiel contra los poderes del mal) (8).

Acero

Dureza trascendente del principio espiritual dominador, según Evola, *La tradizione ermetica*.



Acróbata. Vaso griego
(siglo IV a. de C.).

Acróbata

Por sus piruetas y volatines, que con frecuencia consisten en invertir la posición normal del cuerpo humano, sosteniéndose con las manos y con los pies al aire, el acróbata es un símbolo viviente de la inversión, es decir, de aquella necesidad que se presenta en todas las crisis (personales, morales, colectivas, históricas), de trastornar el orden dado y volverlo al revés, haciendo materialista lo idealista, agresivo lo beato, trágico lo bonancible, desordenado lo ordenado o viceversa. Los acróbatas se relacionan con otros elementos circenses y especialmente con el arcano

del Tarot del Ahorcado, que expone la misma significación.

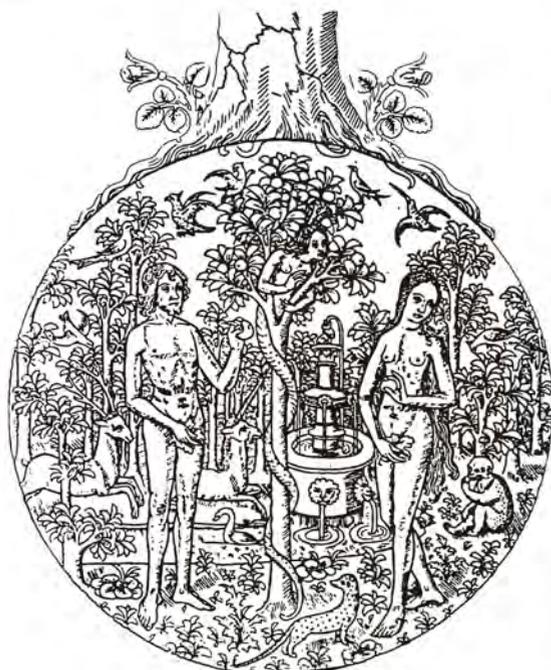


Signo de Acuario.

Acuario

Undécimo arquetipo zodiacal. La representación alegórica lo muestra bajo la figura de un hombre que deja verterse el agua de un ánfora. En el zodíaco egipcio de Denderáh, el hombre del Acuario lleva dos ánforas, cambio que simplemente afecta al simbolismo numérico, pero que explica mejor la transmisión doble de las fuerzas, en sus aspectos activo y pasivo, evolutivo e involutivo, duplicidad que aparece sustantiva en el gran símbolo de Géminis. Todas las tradiciones orientales y occidentales relacionan este arquetipo con el diluvio simbólico que significa, no sólo la terminación de un universo formal sino el acabamiento de cualquier ciclo, por destrucción de la fuerza de cohesión que mantenía ligados a sus componentes, con lo cual retornan al Akasha, disolvente universal, al que corresponde el signo de Piscis. En estos dos grados zodiacales se produce, pues, el *pralaya cósmico* o noche de Brahma, según la tradición hindú, que tiene por función verificar la resorción en la unidad de los factores antes individualizados y dotados de existencia escindida. Así, en cada final hay el germen de un nuevo principio (Ouroboros). Los egipcios identificaban, por razones de carácter peculiar, Acuario con su dios Hapi, personificación del río Nilo, a cuyas inundaciones debían el origen de su vida agrícola, económica y espiritual. Conse-

cuentemente, Acuario simboliza el principio de la disolución y descomposición de unas formas dadas, en cualquier proceso, ciclo o período; la relajación de los vínculos; la proximidad inmediata de la liberación por la destrucción de lo meramente fenoménico (40, 52).



Adán. La tentación de Adán y Eva. Xilografía francesa, ca. 1500.

Adán

Hombre primordial. El nombre proviene del hebreo *adama* (= tierra). G. Scholem, en *La Kabbale et sa symbolique* (París 1966) dice que Adán es concebido inicialmente como una «representación extensiva de la fuerza del universo» que en él halla su resumen. De ahí la ecuación macrocosmo-microcosmo. Eva aparece, tanto en la Biblia como en la doctrina platónica del andrógino, como una escisión del ser primero que integraba el dualismo sexual. ¿Árbol y ser-

piente reproducen, en otro plano simbólico, el mismo dualismo? ¿O expresan un dualismo diferente al que se enlaza el de la primera pareja humana, símbolo de la escisión interior y exterior del ser como existente? En Eva, como inductora, aparece un elemento mediador entre la serpiente (principio del mal, que William Blake asimilaba a la energía) y el hombre, que habría sido libre e indiferente, y que no hubiera cedido sin presión.

Aerolito

Símbolo de la vida espiritual descendida sobre la tierra. Símbolo de la revelación, del más allá accesible y del fuego del cielo, en su aspecto creador, como semilla. Las tradiciones dicen que, así como hay «aguas superiores», hay fuego superior. Las estrellas son su manifestación inalcanzable; los aerolitos y meteoritos, sus mensajeros, y por ello asimilados a veces con los ángeles y otras jerarquías celestes (37). No debe olvidarse que el primer hierro utilizado por los hombres fue el hierro meteórico, probable origen de la igualdad de raíz en sidéreo y siderurgia. La simbiosis de elementos entre lo celeste y lo terrestre constituyó el hecho esencial del «matrimonio cósmico» por el cual el pensamiento astrobiológico primitivo comprendió la gran analogía y comunicación, en lo marginal, de los mundos opuestos del cielo y la tierra.

Agricultor

Entre las profesiones elementales, la del agricultor reviste un especial significado, no solamente por verificarse su trabajo en las zonas sagradas de las semillas, los brotes, las flores y los frutos, sino por corresponder al orden cósmico manifestado en el calendario, en la continuación cíclica de acontecimientos terrestres que se ajustan a un movimiento celeste, correlación esencial en el pensamiento astrobiológico. El

agricultor es, en consecuencia, el conservador de los ritos agrarios unidos a la expulsión del «año viejo» y a la llegada del «año nuevo». Trasponiendo esta figura al plano de la significación espiritual, aparece como activador de las fuerzas de regeneración y salvación, que ligan todo principio y todo fin, encadenan el tiempo, el sucederse de las estaciones y la resurrección de la vegetación. La agricultura fue esencial, no ya para el desenvolvimiento de la economía primitiva, sino para la formación del sentimiento cósmico en el hombre. Dice Mircea Eliade con palabras insuperables por su exactitud: «Lo que el hombre vio en los cereales, lo que *aprendió* en el trato con ellos, lo que le enseñó el ejemplo de las semillas que pierden su forma bajo tierra, ésa fue la gran lección decisiva... En la mística agraria prehistórica está anclada una de las raíces principales del optimismo soteriológico: que el muerto, igual que la semilla sepultada en la tierra, puede esperar la vuelta a la vida bajo una nueva forma» (17).

Agricultura

Como alegoría, se representa de igual manera que la diosa Ceres, con la que se puede identificar, con un arado y un arbusto que comienza a dar flores. Alguna vez, lleva un cuerno de la abundancia lleno de frutos y flores, o sus dos manos se apoyan sobre una pala o azada. Se incluye en el zodíaco para significar la intervención del año, el transcurso de los trabajos y de las estaciones (8).

Aguardiente

El aguardiente y los demás licores alcohólicos son una *coincidentia oppositorum* (agua y fuego) y por ello están relacionados con lo numinoso y con el andrógino. El alcoholismo podría considerarse así como una tentativa de *coniunctio*.



Aguas. Grabado del libro
Sideralis Abyssus, 1511.

Aguas

El signo de la superficie, en forma de línea ondulada de pequeñas crestas agudas, es en el lenguaje jeroglífico egipcio la representación de las aguas. La triplicación del signo simboliza las aguas en volumen, es decir, el océano primordial y la protomateria. Según la tradición hermética, el dios Nou fue la sustancia de la que surgieron todos los dioses de la primera enéada (19). Los chinos han hecho de las aguas la residencia específica del dragón, a causa de que todo lo viviente procede de las aguas (13). En los Vedas, las aguas reciben el apelativo de *mātrita-māh* (las más maternas), pues, al principio, todo era como un mar sin luz. En general, en la India se considera a este elemento como el mantenedor de la vida que circula a través de toda la naturaleza en forma de lluvia, savia, leche, sangre. Ilimitadas e inmortales, las aguas son el principio y fin de todas las cosas de la tierra (60). Dentro de su aparente carencia de forma, se distinguen, ya en las culturas antiguas, las «aguas superiores» de las «inferiores». Las primeras corresponden a las posibilidades aún virtuales de la creación, mientras las segundas conciernen a lo ya determinado (26). Naturalmente, en este aspecto generalizado, por aguas se entiende la totalidad de materias en estado líquido. Más aún, en las aguas primordiales, imagen de la protomateria, se hallaban también los cuerpos sólidos aún carentes de forma y rigidez. Por esta causa, los alquimistas denomina-

ban «agua» al mercurio en el primer estadio de la transformación y, por analogía, al «cuerpo fluídico» del hombre (57), lo cual interpreta la psicología actual como símbolo del inconsciente, es decir, de la parte informal, dinámica, causante, femenina, del espíritu. De las aguas y del inconsciente universal surge todo lo viviente como de la madre. Una ampliación secundaria de este simbolismo se halla en la asimilación del agua y la sabiduría (intuitiva). En la cosmogonía de los pueblos mesopotámicos, el abismo de las aguas fue considerado como símbolo de la insondable sabiduría impersonal. Una antigua deidad irlandesa se llamó Domnu, que significa «profundidad marina». En los tiempos prehistóricos, la palabra «abismo» parece haber sido usada exclusivamente para denotar lo insondable y misterioso (4). En suma, las aguas simbolizan la unión universal de virtualidades, *fons et origo*, que se hallan en la precedencia de toda forma o creación. La inmersión en las aguas significa el retorno a lo preformal, con su doble sentido de muerte y disolución, pero también de renacimiento y nueva circulación, pues la inmersión multiplica el potencial de la vida. El simbolismo del bautismo, estrechamente relacionado con el de las aguas, fue expuesto por san Juan Crisóstomo (*Homil. in Joh., XXV, 2*): «Representa la muerte y la sepultura, la vida y la resurrección... Cuando hundimos nuestra cabeza en el agua, como en un sepulcro, el hombre viejo resulta inmerso y enterrado enteramente. Cuando salimos del agua, el hombre nuevo aparece súbitamente» (18). La ambivalencia de este texto es sólo aparente: la muerte afecta sólo al hombre natural, mientras que el nuevo nacimiento es del hombre espiritual, en esta particularización del simbolismo general de las aguas. En el plano cósmico, a la inmersión corresponde el diluvio, la gran entrega de las formas a la fluencia que las desha-

ce para dejar en libertad los elementos con que producir nuevos estados cósmicos. La cualidad de transparencia y profundidad, que tantas veces poseen las aguas, explica buena parte de la veneración de los antiguos hacia este elemento femenino como la tierra. Los babilonios la denominaron «casa de la sabiduría». Oannes, el personaje mítico que revela a los humanos la cultura, es representado como mitad hombre y mitad pez (17). Como otra consecuencia, el nacimiento se encuentra normalmente expresado en los sueños mediante la intervención de las aguas (Freud, *Introduction à la psychanalyse*). La expresión mítica «surgido de las ondas» o «sal-



Aguas. Bautismo. Xilografía del siglo xv.

vado de las aguas» simboliza la fecundidad y es una imagen metafórica del parto. Por otro lado, el agua es el elemento que mejor aparece como transitorio, entre el fuego y el aire de un lado

—etéreos— y la solidez de la tierra. Por analogía, mediador entre la vida y la muerte, en la doble corriente positiva y negativa, de creación y destrucción. Los mitos de Caronte y de Ofelia simbolizan el último viaje. ¿No fue la muerte el primer navegante? La «profundidad transparente», al margen de otros significados, tiene precisamente el de comunicación entre lo superficial y lo abisal, por lo que puede decirse que el agua cruza las imágenes (2). Gaston Bachelard distingue muy distintas calidades de aguas, derivando de éstas simbolizaciones secundarias que enriquecen la esencial que llevamos expuesta, constituyendo, más que simbolismo estricto, una suerte de idioma expresivo utilizado por el elemento en los avatares de su fluir. Discierne entre aguas claras, aguas primaverales, aguas corrientes, aguas estancadas, aguas muertas, aguas dulces y saladas, aguas reflejantes, aguas de purificación, aguas profundas, aguas tempestuosas. Tanto si tomamos las aguas como símbolo del inconsciente colectivo o personalizado, como si las vemos en su función mediadora y disolvente, es evidente que su estado expresa el grado de tensión, el carácter y aspecto con que la agonía acuática se reviste para decir, con mayor claridad a la conciencia, lo exacto de su mensaje. Por otro lado, simbolismos secundarios se deducen de los objetos asociados a las aguas como continentes, cuando éstas se dan en singular —como agua— y bajo la modalidad de abluciones, baño, agua bendita, etc. También, el importantísimo simbolismo espacial se asocia con motivo del «nivel» de las aguas, con la correspondencia entre altura material y moral absoluta. Por esta causa, en su sermón de Assapuram, Buda pudo considerar el lago de la montaña, cuyas aguas transparentes permiten observar la arena, las conchas, los caracoles y los peces, como la vereda que lleva a la redención. Es evidente que este lago corresponde a las «aguas

superiores», en uno de sus aspectos esenciales, otro son las nubes. También en *Le Transformationi*, de Ludovico Dolce, vemos un místico personaje inclinándose hacia el espejo tranquilo de un estanque, como figura opuesta a la del cazador maldito, siempre en busca de su presa (símbolos de la actividad contemplativa, estado *sattva* del yoga; y la ciega actividad exteriorizada del estado *rajas*). Finalmente, las aguas superiores e inferiores se hallan en comunicación, mediante el proceso de la lluvia (involución) y de la evaporación (evolución). Interviene aquí el elemento fuego como modificador de las aguas y por esto el sol (espíritu) hace que el agua del mar se evapore (sublima la vida). El agua se condensa en nubes y retorna a la tierra en forma de lluvia fecundante cuya doble virtud deriva de su carácter acuático y celeste (15). Lao-tsé prestó gran atención a este fenómeno rotatorio de una meteorología a la vez física y espiritual y dijo: «El agua no se para ni de día ni de noche. Si circula por la altura, origina la lluvia y el rocío. Si circula por lo bajo, forma los torrentes y los ríos. El agua sobresale en hacer el bien. Si se le opone un dique, se detiene. Si se le abre camino, discurre por él. He aquí por qué se dice que no lucha. Y sin embargo, nada le iguala en romper lo fuerte y lo duro» (13). En el aspecto destructor de los grandes cataclismos, no cambia el simbolismo de las aguas, sólo se subordina al simbolismo dominante de la tempestad. Igualmente sucede en el aspecto en que predomina el carácter transcurrente del agua, como en los pensamientos de Heráclito. No son las aguas del río en el cual «nadie puede bañarse dos veces» siendo el mismo, el verdadero símbolo, sino la idea de circulación, de cauce y de elemento en camino irreversible. Según Evola, en *La tradizione ermetica*: «Sin el agua divina nada existe, dijo Zósimo. De otra parte, entre los símbolos del principio femeni-

no figuran los que aparecen como origen de las aguas (madre, vida), así: Tierra madre, Madre de las aguas, Piedra, Caverna, Casa de la Madre, Noche, Casa de la profundidad, Casa de la fuerza, Casa de la sabiduría, Selva, etc. La palabra *divina* no debe inducir a error. El agua simboliza la vida terrestre, la vida natural, nunca la vida metafísica».

Águila

Símbolo de la altura, del espíritu identificado con el sol, y del principio espiritual. La letra A del sistema jeroglífico egipcio se representa por la figura del águila, significando el calor vital, el origen, el día. El águila es ave cuya vida transcurre a pleno sol, por lo que se considera como esencialmente luminosa y participa de los elementos aire y fuego. Su opuesto es la lechuzza, ave de las tinieblas y de la muerte. Como se identifica con el sol y la idea de la actividad masculina, fecundante de la naturaleza materna, el águila simboliza también el padre (19). El águila se caracteriza además por su vuelo intrépido, su rapidez y familiaridad con el trueno y el fuego. Posee, pues, el ritmo de la nobleza heroica. Desde el Extremo Oriente hasta el norte de Europa, el águila es el animal asociado a los dioses del poder y de la guerra. En los aires es el equivalente del león en la tierra, por lo cual lleva a veces el águila la cabeza de ese mamífero (excavaciones de Telo). Según la tradición védica, tiene también un destacado papel como mensajero, siendo el ave que lleva el soma a Indra. Según el arte sármata, el águila es emblema del rayo y de la actividad guerrera. En todo el arte oriental, aparece con gran frecuencia luchando: es el pájaro Imdugud que liga las colas de los ciervos terrestre y celestial, o Garuda, que se precipita contra la serpiente. En la América precolombina surge el águila con el mismo sentido, de principio espiritual y celeste en lu-

cha contra el mundo ctónico inferior. En el arte románico, el águila mantiene ese significado. En la Siria antigua, el águila con brazos humanos simbolizaba la adoración al sol, en el rito de identificación. También conducía las almas a la inmortalidad. En el cristianismo, ratifica también el águila su papel de mensajero celestial. Theodoretto la comparó al espíritu de profecía; en general se ha identificado también (pero, en realidad, más su vuelo —por la rapidez— que el ave en sí) al ascenso de las oraciones hacia el Señor y el descenso de la gracia sobre los mortales. Según san Jerónimo el águila es emblema de la Ascensión y de la oración (50). Entre los griegos recibió un significado particular, más alegórico que propiamente simbólico, derivado del raptó de Ganimedes. Con mayor amplitud, se consideró como el ave que vuela más alto y, en consecuencia, la que mejor expresaba la idea de la majestad divina. La conexión del águila con el rayo, a la que ya nos hemos referido, se ratifica en las monedas macedónicas y en los *signa* romanos. El poder de volar y fulminar, de elevarse para dominar y destruir lo inferior es con seguridad la idea esencial de todo el simbolismo del águila, que, como ave de Júpiter, es la tempestad teriomórfica, el antiquísimo «pájaro de la tormenta», procedente de Mesopotamia a través del Asia Menor (35). En las monedas romanas aparece más bien como signo emblemático de las legiones y del poder del Imperio. En la alquimia no cambia el sentido esencial expuesto, sólo se reviste de los aspectos terminológicos de esa mística: es el símbolo de la volatilización. Un águila devorando a un león es el signo de la volatilización del fijo por el volátil (es decir, según las ecuaciones: alas, espíritu; vuelo, imaginación, victoria de la actividad de espiritualización y sublimación sobre las tendencias materializantes e involutivas. Como otros animales, en cuanto habita la región de

Géminis, se duplica parcial o totalmente; surge entonces el águila bicéfala —que ha de relacionarse con el símbolo de Jano— y que suele aparecer representada en dos colores, rojo y blanco, de gran trascendencia simbólica. En muchos emblemas, símbolos y alegorías aparece el águila en vuelo llevando una víctima; siempre se alude a la situación de sacrificio, por parte de lo inferior (seres, fuerzas, instintos), y de la victoria por parte de lo superior (principio paternal, logos) (50). Dante se llega a referir al águila como pájaro de Dios (4). Jung abstrae el sentido polivalente de su simbolismo y lo define simplemente como «altura», con todas las consecuencias del significado de una situación espacial determinada. Por otro lado, la constelación del águila se halla situada encima del hombre con la vasija de Acuario y éste la sigue en su marcha de tal manera que parece ligado a ella. De esto se ha deducido una identificación de Acuario con Ganimedes y «con el hecho de que los mismos dioses necesiten el agua de las fuerzas uránicas de la vida» (40). El águila bicéfala, antes aludida, simboliza como todos los elementos dobles (Jano, Géminis, hacha doble, Jakin y Bohaz, Cautes y Cautopates de la iconografía mitriaca) el dualismo de creación-destrucción, ascensión-descenso, ir-volver, dar vida-matar.

Águila y serpiente

El águila y la serpiente aparecen juntas en lucha casi siempre, en la iconografía universal, principalmente antigua y medieval. Volguine, en *Le Symbolisme de l'Aigle*, atribuye esta unión frecuente a que son animales, mejor que opuestos, complementarios (principio celeste y principio ctónico), pero su enfrentamiento se produce más bajo el signo de la lucha que bajo el de la hierogamia, lo que podría contradecir esta tesis, matizada, no obstante, por su autor al



Águila y serpiente.
Ulisse Aldrovandi,
Ornithologia, 1599.

agregar que la función del águila es «corregir» las fuerzas oscuras simbolizadas por la serpiente y comunicarles un impulso hacia la «realización superior». ¿Podría el simbolismo del nivel bastar para explicar esta ascensión de la serpiente? Entonces el *ureus* de los faraones egipcios (serpiente de su diadema), por su sola posición ya definiría el logro de su elevación. También pueden unirse águila y serpiente de otro modo, cual vemos en la mitología del antiguo México, con la serpiente con plumas, suerte de serpiente-ave que es un ofidio sublimado.

Agujero

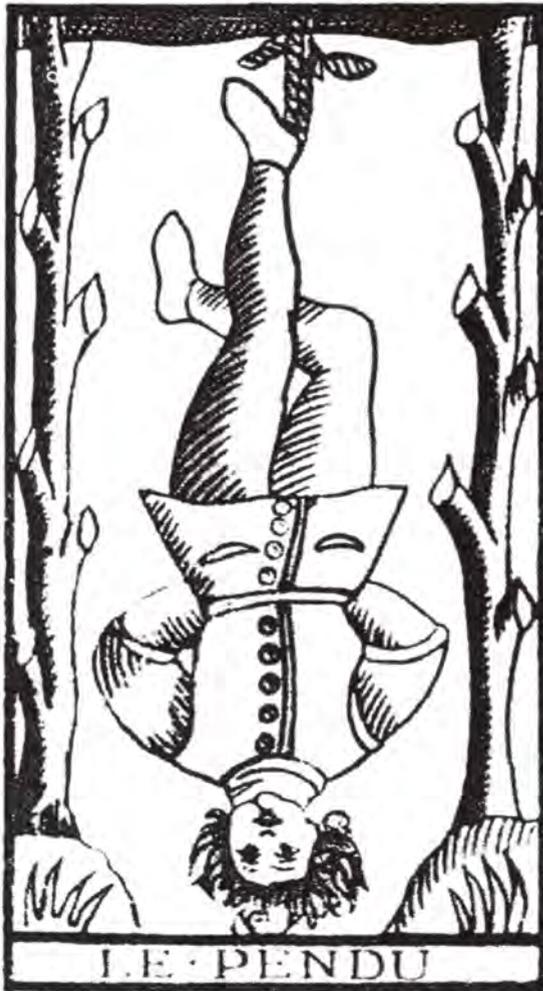
Símbolo de gran importancia que concierne, esencialmente, a dos planos principales: en el de la vida biológica, tiene poder de fecundación y se relaciona con los ritos de fertilidad; en el de la vida espiritual o transmudana, expresa la «abertura» de este mundo con respecto a otro. Las «piedras horadadas» que reciben formas cultuales diversas son numerosísimas en todo el mundo. Eliade señala que, en el cantón de Amance, hay una de estas piedras ante la cual se arrodillan las mujeres para pedir la salud de sus hijos. Aun en la actualidad, las mujeres estériles de Pafos pasan a través del orificio de una pie-

dra. Los pueblos primitivos de la India consideraron principalmente la primera forma de simbolismo a que nos referimos, identificando agujero con sexo femenino, pero también se intuyó que los orificios podían asimilarse a la «puerta del mundo», por la cual ha de pasar el alma para liberarse del ciclo khármico (17). En la *Brihadaranyaka Upanishad* se dice que «cuando un ser humano deja este mundo, se encamina hacia el aire, y el aire se le abre con la amplitud de la rueda de un carro» (50). Tenemos la materialización artística de este símbolo en el *Pi* de los chinos, o representación del cielo. Se trata de un disco de jade con un agujero central; sus dimensiones varían según los casos, pero, según el diccionario chino *Erh Ya*, existe una relación constante entre el anillo circular y el agujero central. Dicho agujero es la «puerta» de los hindúes: el «invariable medio» o «motor inmóvil» de Aristóteles. El *Pi* tiene lejanísimos orígenes; existen algunos cincelados y decorados (39). Como símbolo del cielo, el agujero significa también concretamente el paso de la vida del espacio a la inespacial, de la vida del tiempo a la intemporal, y corresponde al cenit (52). Algunos tratadistas han interpretado como agujeros de dicha significación cultural las extrañas aberturas que presentan algunas piedras de edificios neolíticos, puertas abiertas penosamente, y que se podían haber evitado con la sencilla y conocida construcción de pilares y dintel. Un ejemplo sobresaliente de estas puertas es la de Hagiar Kim (Malta). Es interesante mencionar el hecho de que, entre los indios pomo del norte de California, los candidatos a la iniciación reciben un zarpazo del oso *grizzly*, que les hace un agujero supuesto en la espalda, del cual «mueren» para transir a la nueva etapa de su vida. Probablemente, la visión de heridas, desde los tiempos más remotos, pudo contribuir a fortalecer la identificación de las ideas de

agujeros y travesía entre los mundos mundano y ultramundano. Indicaremos como corroboración de todo lo precedente que en muchas pinturas del simbolismo, concretamente en el *Orfeo* de Gustave Moreau, aparecen en los paisajes de fondo rocas horadadas, con evidente sentido trascendente. También aludiremos a la obsesión de Salvador Dalí por la práctica de agujeros (regulares, en forma de ventanas) en algunas espaldas de sus personajes.

Ahorcado, El

Profundo y complejo simbolismo tiene esta figura, que concretamente corresponde al Tarot como arcano duodécimo. Pero el fundamento de su sentido implica una generalización mayor. Dice Frazer que el hombre primitivo procura mantener la vida de sus divinidades conservándolas aisladas entre el cielo y la tierra, como lugar que no puede ser afectado por las influencias ordinarias (21), en especial por las terrestres. Toda suspensión en el espacio participa, pues, de este aislamiento místico, sin duda relacionado con la idea de levitación y la de vuelo onírico. Por otra parte, la posición invertida simboliza de por sí la purificación (por subvertir analógicamente el orden terreno o natural) (50). Dentro de este sistema simbólico encontramos la leyenda del ahorcado como poseedor de poderes mágicos y también el mito de Odín. Se decía que éste se había sacrificado a sí mismo por colgamiento. En los versos del *Havamal* puede leerse: «Sé que he estado colgado en el borrascoso árbol durante nueve noches seguidas, herido por la lanza, dedicado a Odín: yo mismo a mí mismo». Sacrificios similares entran en las prácticas culturales de muchos pueblos de la tierra (21). La imagen antes aludida del Tarot representa un personaje parecido al Juglar, pero suspendido por un pie de una cuerda, anudada a un travesaño entre dos árboles



El ahorcado. Arcano del Tarot de Marsella.

deshojados. Se interpreta la situación del ahorcado diciendo que no vive la vida de esta tierra, pero vive en un sueño de idealismo místico, sostenido por una extraña horca que se representa de color amarillo para indicar que su materia es de luz condensada, es decir, el pensamiento fijado. Con esta expresión se dice que el ahorcado pende de su propia doctrina a la que se liga al extremo de colgar de ella toda su persona.

Los dos árboles entre los cuales se balancea su cuerpo, como todo lo que corresponde, diferenciado, al simbolismo numérico del dos, conciernen a las columnas Jakin y Bohaz de la Cábala. Se representan de tonalidad verde modificada hacia el azul (naturaleza terrestre o natural que tiende hacia el cielo). El rojo y el blanco componen, como en el águila bicéfala de los alquimistas, el dualismo cromático del traje del ahorcado. Los brazos atados de éste sostienen sacos entreabiertos de los que se derraman monedas de oro, alegoría de los tesoros espirituales reunidos en el ser que de este modo se sacrifica. Según Wirth, el héroe mitológico más cercano a este personaje simbólico es Perseo, personificación del pensamiento en acción, que vuela, vence a las fuerzas del mal para liberar a Andrómeda, el alma encadenada, aprisionada en la roca sorda de la materia, que surge entre las olas del océano primordial. En sentido afirmativo, el arcano duodécimo del Tarot expresa misticismo, sacrificio, abnegación, continencia. En sentido negativo, ensoñatividad utópica (59).

Aire

De los cuatro elementos, el aire y el fuego se consideran activos y masculinos; el agua y la tierra, pasivos y femeninos. En las cosmogonías elementales, se da a veces la prioridad al fuego, como origen de todas las cosas, pero está más generalizada la creencia en el aire como fundamento. La concentración de éste produce la ignición, de la que derivan todas las formas de la vida. El aire se asocia esencialmente con tres factores: al hálito vital creador y, en consecuencia, la palabra; al viento de la tempestad, ligado en muchas mitologías a la idea de creación; finalmente, al espacio como ámbito de movimiento y de producción de procesos vitales. La luz, el vuelo, la ligereza, así como también el perfume y el olor, son elementos en co-

nexión con el simbolismo general del aire (3). Dice Gaston Bachelard que, para uno de sus más preclaros adoradores, Nietzsche, el aire es una especie de materia superada, adelgazada, como la materia misma de nuestra libertad. Y agrega que la marca verdadera de lo aéreo se funda en la dinámica de la desmaterialización. Se combinan también estrechamente con el sentimiento de lo aéreo las sensaciones, recuerdos o ideas del frío y del calor, de lo seco y de lo húmedo, los factores ambientales y climáticos en suma. Para Nietzsche, el aire debía ser frío y agresivo, aire de las cumbres. Asimila el autor citado perfume a reminiscencia y cita como ejemplo de una poética del recuerdo y de la estela perfumada la del romántico Percy B. Shelley.

Álamo

Aparte del simbolismo general del árbol, de la madera y de la vida vegetal, el álamo posee una significación alegórica determinada por la dual tonalidad de sus hojas. Es así el árbol de la vida, verde del lado del agua (luna) y ennegrecido del lado del fuego (sol) (50) (positivo-negativo).

Alas

En cuanto al simbolismo más generalizado, las alas son espiritualidad, imaginación, pensamiento. Los griegos representaban con alas al amor, a la victoria e incluso a divinidades que más tarde se figuraron sin ellas, como Minerva, Diana y Venus. Según Platón, las alas son símbolo de la inteligencia. Por esa causa, aparecen en algunos animales fabulosos, expresando entonces la sublimación del simbolismo específico del animal. Los caballos de Pélope, Pegaso, las serpientes de Ceres, poseen ese atributo, que también se encuentra en objetos, como ciertos cascos de héroes, el caduceo, el rayo en repre-

sentaciones asociadas al culto de Júpiter (8). La forma y condición de las alas expone, consecuentemente, la calidad de las fuerzas espirituales simbolizadas. De este modo las alas de los animales nocturnos corresponden a la imaginación perversa, las alas de cera de Ícaro equivalen a la radical insuficiencia de una función (15). En el simbolismo cristiano, dicese que las alas no son sino la luz del sol de justicia, que ilumina siempre las inteligencias de los justos. Dada la interpretación de las alas en sentido de potestad de movimiento, de la unión de este sentido con el anterior se deduce que estos atributos corresponden sintéticamente a la posibilidad de «avance en la luz» o evolución espiritual (46). En alquimia, las alas corresponden siempre al elemento superior, activo y masculino; los animales no alados conciernen al principio pasivo y femenino. Agregaremos aún que, habiéndose conceptualizado el pie como símbolo del alma (15), las alas que aparecen en el talón de algunas deidades pero particularmente de Mercurio, corresponden precisamente al poder de elevación consustancial a la evolución cósmica. Jules Duhem, en su tesis sobre la historia del vuelo, señala que en el Tíbet «los santos budistas viajan por los aires con ciertos calzados llamados pies ligeros» (3).

Alcohol

El alcohol o agua de vida es agua de fuego, símbolo en consecuencia de la *coincidentia oppositorum* o conjunción de los contrarios, de la suma de dos elementos, activo uno y pasivo otro, fluidos y cambiantes, creadores y destructores. En especial cuando está encendido, el alcohol simboliza uno de los grandes arcanos de la naturaleza; por eso ha podido decir justamente Bachelard que en su ignición «parece que el agua femenina haya perdido todo pudor, entregándose delirante a su dueño el fuego» (1, 2).